

SEÑOR DESTINO,  
HADA VIDA

*Andrea Natalia Ramírez*



PRIMER PUESTO



**E**l destino es hechicero, la vida es una hada. Destino y vida actúan sobre todo ser que habita este universo de suertes, azares, encuentros y desencuentros. Destino y vida: a veces amigos inseparables, otras enemigos irreconciliables. Muchas son las historias que se pueden contar sobre ellos, pero ninguna como la de Marcos, el hermoso ruiseñor.

Marcos habitaba las tierras lejanas de oriente: mágicas, llenas de un verde leyenda que contrastaba con el azul mítico de todas sus flores. Y decir que el azul era mítico no es exageración ni embellecimiento de prosa. Realmente lo era, porque en aquel paisaje sólo había estos dos colores, con los millones de matices



que hay entre unos ojos azules y el azul del mar profundo.

Marcos, sin embargo, era amarillo. Amarillo sol, amarillo oro, amarillo luz de atardecer. Este ruiseñor cantaba como todo ruiseñor de cuento que se respete, es decir, hermoso. Los animales con los que el bosque rompía su rutina de verde se embelesaban escuchándolo, disfrutando de su vida, mientras el canto de Marcos les ayudaba a burlarse del destino.

El destino, hechicero enojado, como todo buen hechicero, decidió lanzar al ruiseñor uno de sus embrujos más poderosos, capaz de desahuciar al más optimista de los seres. El destino, esta vez, jugaría a impedir que Marcos tocara el amor. La vida, hada madrina, hermosa, buena, alterable y voluble, decidió no abandonar a Marcos en aquellos te-



ribles momentos. Ella se encargaría de que el pájaro conociera el amor, aunque por el destino estuviera condenado a no poder palparlo.

Entonces, por cosas del destino, Marcos se convirtió en venado. Tuvo que acostumbrarse a la tierra, a los hambrientos leones, a vivir sin alas, a escuchar el canto de los otros y callar el de su alma. Entonces se dijo: “Qué malo, pero al final qué bueno pisar la tierra que Dios ha creado”. Marcos consiguió, pues, una manada de venados que lo aceptó, aprendió día tras día a ser venado e incluso empezó a gustarle su nueva condición.

Un día, bebiendo agua, Marcos vio a una hermosa venado reflejada en el río, a su lado. Volteó su cabeza y descubrió en los ojos de ella hermosas praderas donde se halló libre y tranquilo, y



se dijo “qué bueno” permitiendo que su corazón se llenara de amor. No bien estuvo su corazón lleno de amor, Marcos sintió que su cuerpo se transformaba de repente. Su pelo dorado se convertía en escamas y se vio reflejado en los ojos de la hermosa venado como un pequeño pez naranja, que de inmediato cayó al río para ser arrastrado por las aguas del asombro.

Sorprendido, Marcos deseó volver, nadar contra la corriente en busca de esa hermosa pradera recién encontrada, pero fue inútil: su tamaño y sus fuerzas eran minúsculas en comparación con las del río, que ahora lo llevaba a un lugar que sólo el destino conocía.

Tras nadar casi medio día, Marcos empezó a disfrutar de la refrescante agua en la que se sumergía. Le encantó la corriente del río jugando con su her-



mosa cola de seda, amó de inmediato el color de los peces que nadaban a su lado, y se dijo: “Qué malo, pero a la vez qué bueno poder disfrutar de la bendición del agua sobre mi cuerpo”. Así, olvidando la pradera que dejó atrás, Marcos gozó con los rayos del sol que se convertían en arco iris cuando se filtraban en el agua. Cerró los ojos y se deleitó con el sonido del agua a su lado. El cielo al que antes perteneció era ahora visto a través de una cristalina cortina de agua que lo hacía ver como si fuera el cielo del mar.

Un día, mientras nadaba, un destello violeta pasó a su lado. Asombrado, Marcos se detuvo y lo vio pasar de nuevo. Era un destello extraño, rápido, luminoso. De pronto, el destello se detuvo ante él y Marcos pudo observar a una hermosa y pequeña sirena que le sonreía y lo invitaba a nadar contra



la corriente. En medio del miedo y el asombro, Marcos se debatía entre seguir su camino o aceptar la invitación. Así que le habló:

-Es absurdo nadar contra la corriente.

-¿Por qué? -le dijo la sirena.

-Es peligroso.

-¿Ya nadaste en contra de ella? -replicó la sirena.

-No, pero sé que es peligroso, me lo han enseñado. Uno debe nadar hacia donde nadan todos, así no se corre ningún riesgo. Además, las sirenas de agua dulce no existen, las sirenas sólo habitan el mar.

-En el mundo hay espacio para cada ser con todos sus matices y diferencias. Además, ¿has intentado nadar contra la corriente?

-No.

-¿Por qué?





A lo que Marcos nunca supo responder. Aprovechando su silencio, la sirena le tomó una aleta y con enorme agilidad y velocidad nadó río arriba con él. El ruiseñor, antes venado y ahora pez, sintió que su vida se apagaba y se encendía en ese mismo instante. El río le hacía sentir su fuerza, su furia, pero él luchaba sintiéndose más vivo que nunca. Era de esperarse: la vida, su hada madrina, riendo, cabalgaba encima de él.

Marcos veía a sus amigos peces gritando, llenos de miedo y sorpresa, ante tal locura. Marcos los vio de pronto a todos iguales, con la vida tranquila, segura y aburrida que las aguas favorables del río les brindaba.

Tras nadar mucho tiempo, sirena y pez llegaron a una enorme laguna con una caída de agua tan alta que parecía nacer del cielo. Se detuvieron en las



aguas de la laguna y lleno de felicidad Marcos miró a la sirena. Aunque estaban muy lejos del océano, lo vio justo allí, en los ojos de la sirena. Lo vio tan claro que pudo escuchar sus olas golpear contra la arena de la playa, lo vio tan claro que logró ver un ave enorme volando encima del mar azul, encima del sol.

Marcos se sintió tan enamorado de aquel ser violeta, que creyó que volaba por los aires, a un paso del azul cielo intenso que colorea el techo del mundo. Incluso pudo ver el nacimiento de la caída de agua que hace un momento se hacía tan inalcanzable. “La magia del amor”, pensó, cuando vio reflejada en la laguna a un enorme águila con movimientos idénticos a los suyos. Descendió un poco y se asustó al darse cuenta de que aquella enorme ave era él. Quiso buscar



a su sirena, ver de nuevo el océano en sus ojos, pero, cuando lo hizo, ésta se sumergió aterrorizada por aquella ave, eterna enemiga de cualquier pez.

Desconsolado, Marcos se posó sobre el pico de una montaña, odiando al destino y rogándole a la vida que lo dejara, porque no valía la pena vivir sin amor. Intentó cantar su dolor, cantarle a su sirena, pero lejos estaba el águila de cantar como el ruiseñor que realmente era. Marcos se dedicó a mirar el cielo la tarde entera, a mirar el millón y medio de azules que había en su tierra. Marcos miró el sol y abriendo sus ojos amarillos desplegó sus alas y voló hacia él.

Marcos sintió la inmensidad de la tierra bajo sus alas. El río, la pradera, los árboles, todo se veía pequeño y hermoso desde allí. Consideró que podría



alcanzar el sol atravesando tres nubes y media de melancolías, tristezas y esperanzas. Disfrutó del aire en sus alas, de la libertad, recordó a su sirena violeta y, sin embargo, se dijo: “Qué malo, y a la vez qué bueno tener la inmensidad del mundo ante mis ojos”, y convirtiendo su resignación en felicidad partió dispuesto a adueñarse del mundo entero.

Pasó sus días solitario, como buen águila, independiente, fuerte, libre, jugando a tocar el sol, a atravesar nubes, a ser cohete. Sentía amor por aquel cielo que era su hogar, pero no lo podía tocar. Sintió amor por aquel sol infaltable y, no obstante, intocable.

Las noches, sin embargo, eran inmensas para un águila sin compañía. El águila, antes pez, antes venado y al principio ruiñeñor, lloraba como el ser más triste de la tierra, pasando por los



dos millones de matices que hay entre la tristeza y la melancolía.

Un día, vio a lo lejos un águila. Cuando se acercó un poco más se dio cuenta de que aquella águila permanecía inmóvil al lado de un nido donde sus pequeños hijos descansaban. Marcos descendió y le habló al águila:

–Si eres como yo, ¿por qué permaneces inmóvil?, ¿por qué no buscas tu libertad?, ¿no anhelas acaso el cielo que es nuestro único hogar? Aquí debes ser muy infeliz. Las águilas debemos estar en el cielo.

–Las águilas, como todos los seres, debemos estar donde el corazón nos lo indique, no donde la naturaleza nos lo mande –le respondió su nueva amiga. Y añadió: –Tú no debes saber lo que es tener un nido. ¿Por qué no tienes uno?



Melancólico, Marcos respondió:

-Porque no.

-¿Quieres quedarte a nuestro lado?

Y antes de que sus plumas pasaran a ser pelo y su pico hocico, Marcos alcanzó a pensar en la vida en un nido, en un hogar. No acababa de imaginar esto, cuando el águila ya estaba encima de él atacándolo, defendiendo a sus hijos de aquel pequeño pero amenazante felino.

Tras haberse liberado de la furia del águila, el antes águila, pez, venado, inicialmente ruiseñor y ahora gato, fue atacado por una inmensa melancolía a la que no pudo vencer. Caminó hasta llegar a un claro del bosque, trepó a la copa de un árbol y pidió nuevamente a la vida que lo abandonara, esta vez en serio. Arrullado por el viento, Marcos durmió la noche entera en una rama que se marchitó por tanta tristeza.



En la mañana, Marcos despertó por un canto lleno de amor y sueños, capaz de darle a los azules matices violetas, rojos y amarillos. Miró desde arriba a su alrededor y todo estaba coloreado por la pluma de aquel pájaro que no podía ser otro que un ruiseñor. Inmediatamente, Marcos quedó enamorado de aquel canto, se dejó llevar y cabalgando en sus notas descubrió preciosos mundos, mágicos, escuchó los colores y vio los sonidos. Abrió sus ojos verdes, aguzó la vista de águila que aún le quedaba y vio al dueño de aquel canto. Era un hermoso ruiseñor, o debo decir ruiseñora, o, para ser más precisos, ruiseñorita de color ya no amarillo como todos los ruiseñores de aquel mundo, sino de un rojo brillante que lo deslumbró.

Enamorado como nunca, Marcos esperó convertirse en algo, pero no su-



cedió, porque el amor entre una ruiseñorita y un gato, como todos lo saben, es imposible. Decepcionado, Marcos miró sus garras, vio sus bigotes, sintió sus orejas, su pelo, todo tan distinto y se dijo: “Qué malo, pero a la vez qué malo y nuevamente qué malo, porque de qué me sirve el aire, el agua y la tierra si no la puedo tener a ella”.

El pajarillo rojo, al escuchar algunos ruidos, levantó su cabeza y vio una sombra. Marcos había trepado tanto que su silueta era indefinible de noche y de día. El pajarillo, silbando, se dirigió a él y le dijo:

–¿Cómo te llamas?

–Marcos –respondió, tímido, el ahora gato, antes pez, ruiseñor, venado y águila.

–Yo me llamo Lira –le dijo ella, añadiendo segura de sí misma: –¿Y tú qué clase de pájaro eres?





-No te puedo decir.

-¿Por qué?

-Porque no.

-Sílbame un poco -le dijo Lira.

Y Marcos, derrotado, cerró sus ojos e intentó silbar temiendo que un maullido se le escapara. Para su sorpresa, de su interior salió el más bello de los cantos, dulce, maravilloso, idéntico al de Lira.

-Qué lindo cantas -dijo Lira.

Entonces Marcos decidió dedicar su vida entera a cantarle las más hermosas canciones de amor desde su rama marchita. Decidió regalarle cada mañana, cada tarde, cada noche, su esencia de ruiseñor para amarla sin tocarla, como lo había querido el destino, y amó por primera vez a su hada vida y le pidió que jamás lo abandonara.



Así, Lira abajo y Marcos arriba, sin conocerse, sólo adivinándose y hallándose en el canto para no perderse en los inmensos pero tramposos terrenos del amor, se dijeron: “Qué malo, pero a la vez que bueno, porque los dos tenemos oídos para escuchar, canto para ser escuchados y corazón para amar y ser amados”.

Un día, sin embargo, Lira le dijo a Marcos:

–¿Por qué no bajas?

–Porque no puedo.

–¿Por qué no puedes?

–Porque no.

–Ésa no es una respuesta.

–Es una respuesta que uno usa cuando no quiere explicar algo.

–¿Por qué no quieres explicar?

–Porque no.

Contrario a lo que Marcos pensaba, ese día Lira cantó para él tan hermoso,



que la rama marchita en la que habitaba floreció.

-Adivinaré por qué no quieres bajar  
-dijo Lira un día.

-Está bien, pero tienes una sola oportunidad al día.

-Eres un horrible, grande y verde loro -intentó Lira.

-Te amaría desde cualquiera de las formas que el destino hubiera escogido para mí. Si fuera viento, silbaría en tu oído el día entero. Si fuera árbol, te mecería hasta arrullarte. Si fuera fruto, te alimentaría con el mejor néctar. Si fuera loro, te diría al oído las palabras más hermosas. Te amaría desde dentro de cualquier ser, porque soy vida, y te he dado mi esencia -respondió Marcos.

-Yo también te amaría como fueras  
-concluyó Lira.



Al día siguiente, cuando Marcos aún no acababa de despertar, Lira silbó:

–Oye, Marcos, ¿no tienes una pata?

–¿Te importaría si no la tuviera? –dijo Marcos aún dormido y algo divertido.

–No –respondió Lira.

–De todos modos, te amo con cada parte mi cuerpo, y te amo tanto que no me puede faltar una sola para no amarte menos –dijo Marcos.

Al atardecer del siguiente día, mientras ruiseñorita roja y gato ruiseñor se cantaban su amor, Lira preguntó:

–Oye, Marcos, ¿un águila te hirió y pronto morirás?

–Moriré el día que me dejes de querer, no antes ni después.

–De todos modos, hasta muerto te amaría, Marcos.

Al anochecer:

–Oye, Marcos, ¿eres ciego?



-No podría ser ciego nunca, porque tú eres mis ojos.

-De todos modos, ciego también te amaría.

Y así pasaron los días. De pronto, Lira dejó de hacer preguntas. Entonces, una madrugada en que los dos cantaban al unísono su amor, mientras todo el bosque los envidiaba, Marcos dijo:

-Oye, Lira, ¿por qué no volviste a preguntar?

-Porque me dan miedo tus respuestas.

-Cierto, uno está lleno de respuestas que no le gustan a los demás. Lo mejor es imaginar que vivimos en otras dimensiones, en planetas irreconciliables, en tiempos diferentes o que, por ejemplo, tú eres pájaro y yo soy gato.

Después de pensarlo mucho, y con voz entristecida, Lira respondió:



—La gran mentira es que vivimos en la misma dimensión, en el mismo planeta, en tiempos iguales y que tú no eres gato, porque de ser así sería todo imposible. Pero nuestro amor es posible, porque estamos vivos y somos reales.

Al oír eso, Marcos deseó lanzar al vacío una a una las seis vidas que le quedaban. Estaban en la misma dimensión y los dos eran reales, pero también era real la frontera insalvable de sus ojos verdes y grandes al lado de los pequeños ojos de ella. Estaban sus garras al lado de sus alas, estaba su pelo al lado de sus plumas. Aunque ella dormía cada noche en la inmensidad de su canto, esas enormes diferencias, que no eran su esencia, hacían a Lira tan lejana, que de estar en otra dimensión habrían estado más cerca.

Mientras Lira le cantaba vida pura, Marcos pensaba que con sus grandes



orejas podría escucharla mejor. La imaginaba jugueteando en su vientre. Imaginaba la agudeza de sus ojos disfrutando de la inmensidad de su hermosura y por momentos pensaba que en la diferencia estaba el amor, y que esas diferencias los podría hacer perfectos.

Marcos recordaba al águila cuando le dijo que debía estar donde estaba su corazón, y recordaba a la sirena de agua dulce luchando contra la corriente. Se encontraba ahora ante la única ruiseñor de color rojo y ante el único gato enamorado de un pájaro, y sonrió y se dijo: “Qué malo, pero a la vez qué bueno, porque he aprendido a vivir y casi puedo tocar el amor”.

Y sin afanes, sin miedos, Marcos eligió a su ruiseñorita de plumaje rojo, que nunca había podido subir a verlo, porque le daba miedo volar, y la amó, la



amó con la fidelidad de un gato, con la libertad de un águila, con la terquedad y lucha de un pez, con la docilidad y ternura de un venado y con toda su esencia infinita de rruiseñor. Y cantaban el uno para el otro la noche entera, mientras vida y destino dormían el sueño que Lira y Marcos nunca durmieron.

Entonces, a pesar de sus conclusiones inconclusas, los dos creyeron que el amor mueve montañas y que cada cosa va tomando su curso en este cambiante universo. “¿Por qué no pensar”, se dijeron, “que tal vez un día llegarían a tocar esa estrellita lejana que palpita en el rincón de nuestra galaxia”.

FIN



## ANDREA NATALIA RAMÍREZ

Me llamo Andrea Natalia Ramírez, tengo 27 años de edad y actualmente curso séptimo semestre de antropología.

Mi relación con las letras, y con el millón y medio de universos que se encuentran en los libros, la tengo desde la primera vez que mi mamá me arrulló con esos cuentos en los que un sapo se convertía en príncipe y un enano era capaz de transformar el pasto seco en oro. Desde entonces, no sólo quise escribir, sino que también quise hacer de mi vida un cuento en el que yo de vez en cuando sería el sapo, a veces el dragón y otras, con suerte, la princesa.

Esta historia, como toda bella historia, nació de un par de hermosos ojos y se escribió con el amor de un gato a una preciosa ruiseñorita que le puso color a su bosque marchito.

Espero que quien lea este cuento se convenza de que el amor es esa preciosa cometa capaz de hacernos volar por encima de las diferencias y esa inexplicable fuerza que nos hace

soñar con nuevos mundos de la mano de alguien de quien no necesitamos ver su rostro para amar.

De vez en cuando, o mejor, de vez en siempre, es justo y necesario complacer a nuestra hada vida con un “¿por qué no?” que, de paso, muy seguramente podrá derrotar al destino hechicero.



